



II

SI alguna vez tras larga ausencia apartados de la naturaleza en este blanqueado sepulcro que se llama corte, volvéis á vuestra patria, y esa patria es un valle, cuán hermosas no os parecerán las azules montañas, el límpido horizonte, las flores que embriagaron con su aroma el alma, el ruido de la fuente que acompañó con su blando susurrar la primera canción del primer amor, poesía del corazón, el árbol que os dió regalados frutos, y el campo esmaltado de mariposas que revoloteaban en los aires como las primeras ilusiones en la imaginación, la voz de la campana del santuario, á cuyo eco os postrabais en tierra, y poniendo los ojos en el cielo, sentíais desvanecerse los misteriosos velos que ocultan al Eterno,

conociendo la íntima armonía que existe entre Dios, la naturaleza y el hombre. Sin embargo, todo nos da hastío.

¡Cuán feliz es el que muere niño! No llega á saber que hay un día en que la patria nos cansa, y la inocencia nos abandona, y la felicidad nos deja huérfanos, y nos convertimos en esclavos de la ambición, y suspiramos por espacios vastísimos para correr en pos del engañoso fantasma de la gloria, que vestido de mil colores toma todo linaje de formas, sin tener otra realidad que la muerte; y afanosos por luz levantamos en la conciencia sólo sombras, y anhelantes de paz, arremolinamos en nuestro pecho tormentas, y después de largos combates llegamos al dintel de la muerte, desamparados del ángel de la fe, que nos cubriera un día bajo sus blancas alas, y cargados de dudas que nos abruman con su inmensa pesadumbre, cual si en castigo de nuestro desmesurado orgullo, nos fuera dado gustar tan solo el amargo calor del dolor.

(Del *Ernesto*, primera obra de Castelar, escrita cuando sólo contaba dieciséis años, y publicada el año de 1855, pág. 77.)



III

SI queréis, señores, para mi patria la suerte de Grecia, diosa un día, y después mísera esclava; la suerte de Roma, reina del mundo, que venturosa, tenía por diamantes de su corona los astros, por esmeralda de sus sandalias los mares, y vencida, no halló ni un asilo, ni un sepulcro; la suerte de la Italia de la Edad Media, musa de las artes, que entregó sus más ilustres hijos al destierro ó al cadalso; si queréis para mi patria una corona de espinas, como la que ciñe la desgraciada Polonia, una eterna cadena, como la que pesa sobre los hombros de Hungría, entregad la justicia, último refugio que á los desgraciados ofrece el mun-